



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER**
Sección vermouth.
F. PÉREZ
Cosita.
- ROQUE DE LARA**
Buen parentesco.
- FERNANDO AMADO**
¡Los hijos!...
- JOSÉ MOREIRA**
El error.
- J. MUÑOZ RAMÍREZ**
La sorpresa.
- EL DOCTOR BOMBARDA**
Toquecitos.
- FELIX RECIO**
El verdadero amor.
- V. RODRÍGUEZ ARELLANO**
Suceso...
- JACINTO CARMIN**
Sinceridad de varón.
- J. RICO**
...Y vamos tirando.
- JUANITO CACHONDO**
El primer paso.
- T. OVAR**
y **DEMETRIO**
Varios dibujos y retrato de
«Casandra».

«CASANDRA».

¡Otro lucerito que aparece!...



5 cénts.



La desvandada ha comenzado. El padre Sol aprieta que es un encanto, haciend que la gente vaya por las calles aplanada y macilenta soñando con los encantos de los picachos de la sierra abrupta ó las delicias del embravecido mar cántabro haciendo romper sus olas rizadas contra el cantil rocoso. Nada nos distrae ni nos conforta; ni las preciosísimas discrepancias de los liberales, ni la jocunda teresiana y el níveo bastón de mando de nuestro flamante alcalde ni las luchas greco-romanas de la Zarzuela. El calor lo enerva todo. Para hallar algo de fresco hay que sentarse en los Jardines del Buen Retiro al lado de D. Melquiades; solo en aquella tertulia se hace uno la ilusión de estar junto á un témpano de hielo del

Polo Norte. Ya no luce aquellas epatantes levitas forradas de bayeta encarnada, ni aquellos puños de celuloide, ni aquellas corbatas de camarero de Fornos. Viste ahora vaporosos ternos; no más que lo imprescindible para cubrir las formas, cual cumple á su nueva misión de taparse con el gorro frigio hasta que llegue el momento de descubrir sus pudicias ciceronianas, sin hoja de parra, aunque poniéndose coquetonamente una flor de lis en la parte más carnosa de su individuo. El chorro de su elocuencia hace allí (en los Jardines, no en la parte carnosa) el efecto de un ventilador eléctrico ó de una cámara frigorífica.

La crueldad del termómetro arroja violentamente de Madrid á los hombres públicos, y como consecuencia lógica á las mujeres públicas. La terraza del Gran Casino de San Sebastián, aguarda ansiosamente para recogerlos en su seno, los senos turgentes de las niñas y nayades del Amor efímero, con sus risas alegres, sus miradas incitantes, y sus trajes vaporosos como el nuevo terno de D. Melquiades. Solo en esto, se pueden parecer, porque ellas no evolucionan, avanzan; su lema es marchar siempre adelante por el camino de la vida placentera, y si alguna vez se vuelven, es poco capricho, mas no por cálculo. San Sebastián.

LOS SOLTERONES



—¡Caramba cómo se está poniendo esta muchacha! ¡Pues yo no he sido!

Biarritz, San Juan de Luz, Pau, Cauterets (playas galantes que el Bidasoa separa; vuestras tersas playas alfombradas de crujientes arenas finas, como polvillo de oro, se ven ya acariciadas por pies diminutos y coquetones, que acaso ¡ay! acaben de ser profanados por abdomen grosero de un burgués lividinoso; por vuestras pintorescas orillas embalsamadas por la acre brisa de un mar bullicioso y azul, se deslizan, esculturales figuras de mujer que despiertan apetitos, y engendran deseos so pretexto de poner en remojo sus morbideces codiciadas..

*Yo quisiera ser la ola,
quisiera ser el bañero,
y quisiera ser la sábana
para ceñirme á tu cuerpo.*

Claro es, que en ocasiones, no es preciso sentirse ola, ni bañero, ni aun siquiera sábana, porque las pobrecitas suelen tener buen corazón, pero para todo en este mundo hacen falta estos dos elementos: oportunidad y suerte. A ellas se agarra siempre que puede el supredicho D. Melquiades, ó el hombre de las levitas forradas de bayeta encarnada y de los puños de celuloide.

Esas playas, se van nutriendo y animando, mientras que en Madrid nos quedamos casi en familia. El mujerío atrayente emigra á ellas, como bandada de blancas gaviotas, dejándonos aquí mustios y cariacacontecidos. Menos mal que el que quiere siempre se consuela, y si no tenemos la playa de Fuenterrabía, tenemos la de Recoletos, donde por un perro gordo le dan á uno sillón de los nuevos, que no destrozan la ropa, concierto por la banda de San Bernardino, y una semiobscuridad muy agradable que permite el libre cultivo del parcheo. De suerte que con un poco de buena voluntad se hace la ilusión de que está en Ostende, y si no, «ostende» usted las piernas y se queda dormido al arrullo del pito del tranvía y de las bocinas de los automóviles, que ahora todas son filarmónicas, porque ya que apiastan á la gente quieren enviarle al otro mundo dejando en su oído la grata impresión de unas notas musicales.

Todo esto, hasta que un día de estos canalicemos el Manzanares. Llegado ese momento, ya verán los cursilonos de Montecarlo y Niza cómo si esto no es Costa Azul, es una aproximación, con sus bañistas, su Casino y sus ondas, de lo más hondas que

se conoce, desde la onda sonora hasta la «onda la vérdiga!» que dicen los vecinos de sus hoy áridas márgenes.

No nos privaremos de nada, y por tener, tendremos incluso mariscos; desde la jugosa otra, hasta el terso percebe.

¡Y cualquiera se apercebe entonces de que existen las playas del Norte!

Un pequeño REPORTER

NEGOCIANDO EL ASCENSO



El.—¿Pues no quiere usted que su marido suba mucho?

Ella.—Sí, pero sin que yo baje tanto.

COSITA

Dice la viudita Lola,
á quien el dolor exalta:
—De noche, cuando estoy sola,
comprendo lo que me falta.

F. PÉREZ

Buen pa- Al pasar, me dió inad-
rentesco vertidamente un golpe
 con el paraguas que
 llevaba ante el pecho
 como una nodriza el crío.

Sonrió excusándose y yo sonreí dispen-
 sándola.

Joven, bastante bien parecida, sencilla-
 mente ataviada, el sombrero casi nuevo,



—¡Pobra señorita, pronto tendrá que usar algún
 específico para el pelo!

las botinas un tantico torcidas, andaba ale-
 grementemente, con un meneo de caderas y una
 cestita en la mano.

Seguro que era una modistilla.

La joven hizo pocos remilgos y respon-
 dió con trivialidades á las que yo le dirigí
 para trabar conocimiento.

Cuando le ofrecí la consumación tradi-
 cional, sólo opuso esta loable objeción:

—Acepto, caballero; pero estaremos
 poco rato, porque me espera mi padre.

¡Amaba á su familiar: esto era indicio de
 excelente corazón.

Por extraordinario caso, la joven no era

modista ni costurera; estaba empleada en
 un taller de florista, y yo me felicité de no
 haber dado con una conquista vulgar.

Le fué imposible comer conmigo aquella
 tarde: la esperaba su padre; pero me pro-
 metió hacer cuanto estuviese de su parte,
 para no desairarme el día siguiente.

—Déme usted cita para donde mejor le
 parezca —añadió—; le prometo que acu-
 diré y confío que podremos hablar un rato,
 pues usted no me disgusta. Pero sobre todo
 no venga usted á esperarme ante el taller,
 porque mis compañeras me darían vaya,
 creyéndose ya cualquier cosa...

Fiel á los tratos, por la tarde del siguien-
 te día estuve diez minutos antes de la hora
 convenida, en el lugar por ella misma de-
 signado.

Apenas tardó media hora.

Cambiados los saludos, sometí á su
 aprobación el programa por mí elaborado
 con objeto de pasar una tarde deliciosa:
 aperitivo, comida, una hora de concierto,
 y luego...

El orden y la marcha fueron de su gus-
 to, excepto el enigmático *luego*, respecto
 al cual me acosó á preguntas que rebosa-
 ban candidez...

❖

Estábamos ya instalados ante el aperiti-
 vo, cuando de pronto exclamó Luisa (me
 había revelado su nombre en aquel preciso
 momento):

—¡Ahí está mi padre!

—¡Diablol! —contesté.

—No tema usted: es un buen hombre mi
 padre, y no gusta de armar escándalos.
 Hasta puede que tome con nosotros un
 aperitivo.

Era un buen tipo de obrero, jovial y no
 desagradable.

—Padre —le dijo la joven—; te presen-
 to al señor, que desea llevarme á la Ciu-
 dad Lineal esta noche... Como nosotros
 tenemos pocas ocasiones de ir al teatro, lo
 aprovecharé, ¿verdad?

—Está bien, niña —aprobó el jovial
 obrero—; pero no vuelvas tarde; ya sabes
 que tu madre está ansiosa siempre.

—Tome usted algo —le dije agradecién-
 dole la amabilidad.

—No quiero desairar á usted; tomaré
 una absenta.

El complaciente padre, con exquisita
 delicadeza, nos dejó al poco rato.

Con arreglo á lo convenido, nos dirigí-



El.—Te daré seis mil pesetas todos los meses, pero no has de ver más personas que tu doncella y mi cochero.

Ella.—Perfectamente, ¿qué edad tiene el cochero?

mos á comer en un restaurán donde me consta que el servicio á la carta y los vinos son excelentes; después fuímonos á la Ciudad Lineal.

Cuando llegó el instante de lo que había designado, yo con el falaz adverbio *luego*, la floristilla, perpleja, empezó á rebelarse.

—¿Por quien me toma usted, caballero? —protestó.

—¡Pues por una hechicera mujercita, incapaz de hacer las cosas á medias! —repliqué.

—¿De qué modo podríamos terminar mejor esta agradabilísima tarde? ..

Con mi trabajos logré vencer su obstinada resistencia; pero, en fin, me acompañó á un hotel con gabinetitos reservados.

—¿Me amarás siempre? —exclamó arrojándose á mi cuello.

—¿Lo dudas acaso? —exclamé con aire de convencimiento.

—¡Ah! ¡Está muy mal lo que acabo de hacer! Y luego, mañana voy á estar enferma... no podré ir al taller, y entonces... ¿qué comemos en casa?... Mi

pobre padre está sin trabajo ahora... ¡Qué situación la nuestra! ..

Conmovido, deslicé un duro en su mano. Luisa recompensó mi acción abrazándome y mimándome generosamente.

La ví al día siguiente, al otro día y los días sucesivos, y aun creo que seguiría viéndola, si no hubiese llamado con tal frecuencia á mi portamonedas.

Precisamente ayer me encontré con el dignísimo obrero.

—¡Hombre! —le dije—. ¿Y su hija, qué tal va?

—No sé...

—¡Cómo! ¿no sabe usted?...

—No... la he dejado.

—¿Que la ha dejado, dice usted? ¿Por qué?

—Porque me debe dos meses.

—¿Dos me...?

—... Me había alquilado á razón de cincuenta pesetas mensuales y comida para que la sirviese de padre sin trabajo!

Roque de LARA

GRAGEAS

Al bueno de don Melchor se le perdió su mujer, y exclamaba con fervor mirando al Cielo:—¡Señor que no vuelva á aparecer!

Luis MORO



—¿En qué estaris yo pensando al comprarme estos zapatos tan grandes? ¡Con lo que me gusta á mí que me entre justo... muy justito el calzado! ..

¡Los hijos!... Margarita y su esposo regresan de un baile de sociedad, y mientras la primera empieza a desnudarse lentamente, el segundo lee una carta llegada aquella noche. Es de advertir que este matrimonio, joven y bello, parece amarse todavía y no tiene hijos.

MARGARITA —¿Qué lees, Joaquín?

JOAQUÍN (entregando á su esposa la carta). — Una esquela de los de Fernández

doctor, no todos los días se encuentra un Moisés al entrar en el baño. Casi siempre hay motivo para esperarlo con la seguridad de que ha de venir.

M. (quitándose los zapatos). — ¿Cómo Moisés?

J. — Sí, mujer, ya sabes que á Moisés se lo encontró recién nacido, en una cunita, la hija de Faraón...

M. — ¡Ah! Sí. ¿En el Nilo?

J. — Cabalmente. Bueno, pues se conoce que los Fernández tienen en su casa otro Nilo abundante en sorpresas de este género.

M. — No los envidio.

J. — Ni yo tampoco. Es mejor bañarse sin peligro á tales encuentros.

M. — Sí, pero ya sabes, tontín, que no siempre querer es poder.

J. — Al contrario: siempre que se puede es que se quiere. Lo que ocurre es que no todos los hombres son generosos.

M. — Ni todas las mujeres pecan por excesivamente reflexivas.

J. — Ahí tienes, sin ir más lejos al

matrimonio Gorjález. A cada hijo que tienen dicen los dos á coro: «Este sera el último». Luego se les olvida la mutua promesa que se hicieron... y cádate otra vez al verbo hecho carne.

M. (sepultando entre las blancas sábanas su divina persona). — ¡Ay, Joaquinito! Cree que esta clase de esquelas, me refiero á las de los Fernández, le producen á una mucha lástima.

J. — Es verdad... Y, sin embargo, hay gentes que desean con toda su alma un hijo en ciertos momentos.

M. — Entonces, lo que debieran hacer es enviar una esquela á sus amigos en el momento del deseo. Digo, me paree...

J. — ¿Pa típicíndoles su intención?

M. — Precisamente. De esta manera, cuando enviasen la noticia del nacimiento



—Pero, Paquita ¿qué haces?

—Déjame, es un capricho. A ver si encuentro una almeja.

—¡Pero para qué estoy yo en el mundo sino para buscarte la almeja!

anunciándonos el nacimiento de su cuarto retoño.

M. (asombrada). — ¿Ya?

J. — Hay gentes capaces de esa y de otras muchas atrocidades.

M. (acaba de despojarse de su vestigio de baile y aparece, vaporosa y adorable, en camisa y corsé, paseándose lentamente por el gabinete, con las manos sobre las caderas y el aire un tanto perplejo). — ¿Y tú crees que estarán contentos los Fernández?

J. — Todo podía suceder.

M. (quitándose el corsé). — Pues, hijo, por mi parte no sabría si felicitarlos ó darles el pésame,

J. (deshaciendo el lazo de la corbata). — Suele haber casos imprevistos, olvidos irremediables. Y sobre todo, como dice el



—¡Ay, qué ganas tengo de encargar un año á Paris!

podría uno felicitarles sin temor á ofenderlos.

J.—No estaría mal... Don Fulano de Tal y doña Zutanita de Cual, participan á usted su deseo de tener un hijo... Y la fecha... Eres saladisima. (Ríe á carcajadas).

M. (estirándose voluptuosamente en el lecho).—¿No te acuestas?

J.—Ahora. Me tiene muy preocupado esta fecundidad de los Fernández.

M.—Calla, tonto, no te preocupes de los demás .. Acuéstate; es muy tarde.

J. (meditabundo).—¡Cuatro hijos!... Y el caso es que llevan casados, sobre poco más ó menos, el mismo tiempo que nosotros...

M.—El mismo... Pero acuéstate.

J. (acostándose).—Será que eres tú menos bella que la mujer de Fernández... Será que yo te quiero menos...

M.—Nada de eso, riquín. Es que nos queremos más que ellos... Es que, como dice un autor de tu biblioteca, los matrimonios que se aman verdaderamente no necesitan hijos.

J.—Sin embargo, les están vedadas ciertas alegrías.

M. (volviendo la espalda á su marido).

—Vaya, hijito, que descanses. Esto no se puede hablar contigo.

J.—¿Por qué?

M.—Porque me das miedo. Te encuen-

tro á punto de querer imitar á Fernández... y entonces sí que no me encontrarías tan bella ni me querrías tanto. (Se arropa conienzudamente y se dispone á dormir á pierna suelta).

J. (con cierta filosofía).—Tienes razón, monina. Durmamos. El amor nos sería esta noche muy peligroso.

(Cinco minutos después no se oye nada en la habitación; los dos duermen).

Fernando AMADO



La doncella.—¿Pero va á esperar al señorito sin más ropa que la bata?

La señora.—Es que me ha mandado cuatro letas diciéndome que vendrá con los minutos contados.

Leed en EL LIBRO POPULAR
La señorita Baby

novela completa por
EDUARDO ZAMACOIS

20 céntimos

El error «El hombre sueña siempre con lo que no tiene»...

Y únicamente esta propensión ó vicio ingénito de nuestra flaca naturaleza, puede explicar la resignación con que han sufrido una cruel burla de la suerte dos

NUESTROS FIGURINES



Traje de mañana que á nuestras elegantes les ha dado por llamar de «Toma cadera»

damas de nuestra caprichosa elegante sociedad patricia. La *deliciosa* Clotilde (apelaremos, según costumbre, al discreto recurso de los nombres supuestos) escribió á X., uno de los periodistas jóvenes más simpáticos y más mundanos, manifestándole deseos de conocerle y citándole para

el día siguiente, á las diez en punto de la noche, en la calle de Alcalá, frente á las obras de la casa de Correos.

¡Y miren ustedes por dónde al respetable propietario Casimiro D., uno de los don Juanes madrileños más temibles, le fué á citar, ¡por primera vez!... en el mismo sitio y hora, la vizcondesa Jacinta, á quien aquel viene cortejando desde hace mucho tiempo con asiduidad temeraria!...

Clotilde le había dicho al actor:

—«Te espero en un coche tirado por dos caballos negros. Fijate bien...»

Por su parte, la vizcondesa Jacinta le advertía á su adorado:

—«Mi coche tiene dos caballos bayos; dentro de él le aguardo. Abra la portezuela y procure entrar sin que nadie le vea. Hasta luego...»

Las diez acababan á sonar en el reloj del Banco, cuando X. y don Casimiro, con una exactitud que habla muy alto en pro de la española galantería, acudieron al lugar de la cita.

Junto á la acera, frente al citado edificio en construcción había dos coches, cada uno de los cuales iba arrastrado por un tronco de caballos.

X. se acercó á uno de los vehículos...

Don Casimiro abrió la portezuela del otro.

¿Y los caballos? ¿Eran bayos, eran negros? Probablemente ninguno de los dos conquistadores reparó en tal cosa, pensando que de noche todos los caba los, como los gatos, son pardos. Y allá fueron ambos coches, cada cual hacia su destino.

Lo extraordinario es que ninguna de las víctimas de este trueque ha protestado. Ellos, nada han dicho; ellas, por su parte, también se han resignado.

¿Por qué?...

¡Quién sabel... Tal vez la vizcondesa Jacinta habrá encontrado en el periodista X. el carácter franco y campechano, y agudo y decidor ingenio que tampoco abunda entre los barbilindos pisaverdes que acuden á sus tertulias; quizás la *deliciosa* Clotilde, para quien la bohemia de nuestros artistas ya no tiene secretos ni encartos, ha topado en don Casimiro con el hombre juicioso, acaudalado y formal llamado á proteger su juventud y su perfecta bonitura de muñeca. ¡Un banquero enamorado de una pecadora sin nombre!... ¡Un periodista convertido accidentalmente, por caprichos de la suerte, en vizcondel !..

¡José MOREIRA

La sorpresa ¡Que miedo!...
Cuando le sorprenden á uno cometiendo un delito, todos los alardes de serenidad son insuficientes.



Lo único que pude hacer ante aquella sorpresa, fué esconderme en la habitación inmediata.

Le oía desde que llamó al timbre y percibía sus pasos por el corredor mientras la azorada doncella le acompañaba alumbrándole con la palmatoria.

Fué un minuto de verdadera zozobra.

Como quiera que no podíamos sospechar aquella presentación, nos habíamos confiado plenamente en la seguridad de que él no regresaría del Escorial hasta la mañana siguiente, en el tren corto.

Pero otro tren, más corto todavía, le condujo á Madrid y llegó á casa á media noche, á esa hora en que no debe llegar á su domicilio ningún marido, sin tener advertida de antemano su presencia.

Y ocurrió lo que no podía menos de ocurrir.

Yo, que estaba tranquilo y á gusto, hube de ocultarme en el tocador; ella, que estaba á gusto también, hubo de violentarse para recibirle á él y el diálogo del matrimonio fué elocuentísimo.

—¿No me dijiste que hasta mañana no regresabas?

—Sí hijita; pero como me he encontrado con un tren especial que salía del pueblo á media noche, quise aprovecharlo para venir á acostarme en mi propia casa.

—Sí, sí. Has hecho bien; pero debo advertirte que estoy pasando una noche desesperada.

—¿Cómo es eso?

—¡Los nervios! ¡Estos nervios malditos que tantas veces me han hecho molestarte.

—A mí no me molestas nunca.

—Esta noche sí; no tengo más remedio que hacerte víctima de ellos. Yo sola me hubiera revuelto en el lecho procurando acallar sus excitaciones; pero has venido y necesito á todo trance algo que calme este estado.

—Lo que quieras, hijita.

—En casa no hay *azahar*, ni *acónito*, ni *perlas*; no tengo nada; comprenderán que una taza de tila que pudiera hacerme la criada, no sería suficiente...

—Tienes razón; mucha razón. Ahora mismo voy á traerte antiespasmódico.

ESTUDIOS FISONÓMICOS



Quando á una mujer un poco corrida la hace el amor un hombre de su agrado, pone la cara así.



Y una vez convencida la pone así.



O así.

—¡No, por Dios! ¡No salgas!
—¿Cómo no he de salir? Lo que siento es tener que vestirme otra vez después de haberme desnudado.

Yo oía la conversación desde mi escondite; adivinaba el ardid de ella y aguardaba, con ansia mal comprimida, el momento en que el pobre hombre se lanzase á la calle, para salir yo también de mi escondite.

Advierto á ustedes, para los efectos ul-

EN RECOLETOS



La niña.—Mamá, por la izquierda viene ese muchacho que es visita de las de Gómez, y que me ha pedido relaciones. ¿Te gusta?

La mamá.—Primero me tengo que enterar de lo que dispone para casarse.

La niña.—Di, pone de bastante, me consta.

teriores, que no soy un cualquiera ni mucho menos; soy un pobre teniente de infantería, complicado en estas aventuras amorosas.

El pobre hombre tuvo la paciencia de vestirse nuevamente; salió á la calle, fué á comprar toda clase de especíacos con objeto de que su mujercita pasase la noche tranquilamente; aproveché aquel momento para salir de la casa y cuando ya me en-

contré en la calle, le vi llegar cargado de botes y paquetes, al propio tiempo que el sereno le decía:

—Pero, don Emeterio, ¿ha sentado usted plaza?

—¿Plaza de qué?

—De militar, hombre.

—¿Por qué?

—Porque lleva usted un pantalón de teniente de infantería.

❖

¡Viva la virgen!

Lo único que no oculté en lo precipitado de la sorpresa, fué mi pantalón de oficial que él se puso tan precipitadamente.

Por eso cuando llegué al cuarto de banderas, se me refan los compañeros.

¡Llevaba un pantalón de cuadros... que daba el opio!

J. Muñoz RAMÍREZ

▼

TOQUECITOS

De aquello que me dejó mi marido al expirar— dice Pilar,— vivo yo.— y es cierto; él no se llevó lo que mantiene á Pilar.

❖

Almidonada y brillante la camisa, á cada instante, muda á su esposo Teresa; pues, francamente, confiesa, que ella disfruta bastante, si se la ve limpia y tiesa

❖

Tan interesada es Rosa, que, buscando el matrimonio, no se casa con Antonio, porque tiene poca cosa.

El doctor BOMBARDA

El verdadero amor

¡Oh inconstancia de todos los amores por entrañables y hondos que parezcan! Quien dijo amor, dijo mudanza.

La mujer será siempre pérfida como la onda.

Etcétera, etcétera.

Escojan ustedes á este propósito la frase que más les guste y lean el siguiente verídico relato que da cierta amabilidad á la soporífera monotonía de los relatos periodísticos de estos días.

En el piso medianero del que habita un servidor de ustedes, vive un jovencito, hijo de padres pobres, pero honrados, que estudia á la sazón el tercer año de Medicina y es todo un modelo de virtudes. Este joven tiene á su servicio una doncella muy hermosa, púdica y discreta.

Hasta aquí nada tiene de particular el relato, y seguramente tampoco lo hubiera tenido nunca la vida de nuestro joven y su deliciosa doncella, á no haber encendido amor en sus corazones un volcán comparable al Vesubio en días de erupción violenta.

El joven, que es un verdadero hidalgo y podría servir de protagonista en cualquiera de nuestras más celebradas novelas románticas, apenas se dió cuenta de la existencia del mencionado volcán en su corazón, llamó á la doncella, arrojándose á sus pies y la endilgó el siguiente discurso:

—Dulcísima peloma... Sabes que el dios Amor me ha herido gravemente con uno de sus más certeros dardos, y que sólo tú puedes curarme la tremenda herida

—¡Pobre de mí!

—¿Y cómo? —preguntó la doncella confundida y ruborizada.

—Queríndome como yo te quiero, dándome tu alma á cambio de la mía.

La doncellita quedóse bastante perpleja al oír esta proposición, poco corriente en los tiempos actuales, y como le era muy difícil hacer semejante cambio de almas, optó por ofrecerle otra cosa más práctica y agradable, la cual cosa fué su mano derecha que el enamorado joven cubrió de besos.

UN BAÑO EN DOS TIEMPOS Ó EL QUE NO TIENE OTRA COSA...



El primer tiempo.

Baño completo.

—¿Conque me amas? —preguntó lleno de alegría.

—Si —murmuró la doncella.

—¡Qué felicidad!

Poco á poco cedió el romanticismo y dió paso á la realidad. No era posible el cambio de almas, cosa complicada y poco substanciosa, y en vista de tal imposibilidad, decidieron por el cambio de honestas caricias, de promesas y risueños proyectos.

Y así ocurrió que todas las mañanas, á la hora de levantarse nuestro joven, entraba la doncellita á despertarle, si bien colocándose á prudente distancia del lecho y

en actitud ruborosa, para no faltar á los santos principios en que fué educada.

Mas ¡ay! que, según dije antes, la inconstancia es compañera del amor. Cuando más entusiasmada se hallaba la donce-

LO QUE DICEN TODAS LAS NENAS
Á LOS QUINCE AÑOS



—¡Ya estoy hecha una tía!

lla esperando la inmediata realización de sus sueños amorosos y en vísperas casi de empezar la confección de su equipo de bodas, marchóse el galán á su pueblo y todas las doradas ilusiones se desplomaron como castillo de naipes. La doncellita

se pasó llorando una porción de días. Siempre que el cartero aparecía en la calle asomábase al balcón en espera de la suspirada carta, y al ver que éste seguía siendo suspirada, y nada más, se le recrudecía el lagrimeo y entrábanle ganas de poner fin á su desgraciada existencia.

Al cabo vino la resignación. Es decir, vino otro amo, joven también, guapo y menos sentimental que el estudiante. La doncella empezó á servirle con su acostumbrada solicitud, y á los ocho días apuntó nuevamente el amor, aunque en una forma menos lírica y más en armonía con las leyes de la Naturaleza.

Y así, una tarde de amoroso deliquio, hallándose la doncella blandamente sentada sobre las rodillas de su amador, preguntóle con delicioso mimo:

—¿Me querrás mucho?

—¡Toda mi vida! —contestó el caballero.

—No. Prefiero que me quieras dos meses, pero que me quieras bien.

Y al decir esto se acordaba con tristeza de la honesta distancia á que solía hablarle de su amor el sentimental estudiante. ¡Lástima de tiempo perdido en lirismos inútiles!

Félix RECIO

SUCEDIDO...

Un marinero que, ocho años ausente se estuvo en Lima, volviendo á España encontró su mujer enriquecida.

Preguntóla:—¿Quién te ha dado esa brillante sortija?

—Este anillo—respondió—

Me ha caído en una rifa.

—¿Y ese reloj guarnecido?

—Ese me lo dió una tía.

—Pero, ¿y esos dos muchachos, que su madre te apellidan?

—¡Qué pesado! ese es un amo que saqué en la Lotería.

V. Rodríguez de ARELLANO

Sinceridad :: de varón

El asunto desarrollado en estos renglones no tiene otro mérito que el de ser rigurosamente exacto. Y para comprender el saludísimo chiste del lance, será indispensable que el lector sepa colocarse en el momento psicológico necesario; esto es, que participe de la mística unión que arrastra á los sencillos campesinos á la iglesia y conozca el influjo decisivo, la autoridad soberana, la sugestión todopoderosa, que los sacerdotes lugareños ejercen sobre sus feligreses.

En la mañana de aquel domingo la afluencia de fieles era enorme y el templo estaba, según el modismo vulgar, de bote en bote; los hombres de pie colocados á la hila de las paredes ó recostados indolentemente contra las columnas; las mujeres arrodilladas en el comedio de la nave central, con las cabezas caídas sobre el pecho, leyendo sus libros de oraciones ó repasando las cuentas de los rosarios; y aquel confuso murmullo de rezos repetidos á la sordina y con acento gangoso y plañidero, engendraba la ilusión acústica de un gran lamento monótono insoportable, ininteligible... En el altar mayor chisporroteaban varios cirios cuyas luces melancólicas se desleían en los alegres torrentes de luz cenital que penetraban por los abigarrados cristales multicolores de los ventanales.

En tal sazón subió el cura al púlpito y comenzó el sermón: un sermón bellissimo, vibrante, juvenalesco, pronunciado con todas las sugestivas tretas del arte oratorio: primero lentamente y en voz baja, para luego exaltar su vigor fortaleciendo el acento y precipitando la exposición de conceptos. El clérigo tronaba brillantemente contra los padres que educan mal á sus hijos, expresándose, no con la soporífera mansedumbre de los predicadores vulgares, sino con el ímpetu arrebatado de los apóstoles convencidos.

—Los verdaderos padres —decía— no son los que engendran, sino los que educan...

Los oyentes bajaban la cabeza con aire meditabundo y conrito, como si cada cual procurase grabar en su memoria aquellas sabias enseñanzas.

—Los niños de hoy —continuó el orador— son los hombres del mañana; en vuestras manos, por tanto, está el porvenir de las sociedades. Vosotros no lo com-

prenderéis así; creéis que los deberes paternales quedan cumplidos alimentándoles y enseñándoles el camino de la escuela y el de la iglesia... Y eso no basta; hay que inculcarles el amor al trabajo, esa gran pasión regeneradora del hombre...

Siguió perorando largo rato con una locuacidad tempestuosa; y de pronto, arrasado por el ardor de su discurso, tuvo una explosión de ingenuidad que resultó brutal dado el sitio en que se hallaba y su carácter sacerdotal; pero una exclamación hermosa, que ascendió á sus labios de



—Hija, con estas cañes no tié una gana ni de ver el cocido.

—Pues has, lo que yo, que me defiendo con el tomate.

hombre sanguíneo como un grito irresistible de su sexo.

—¡No, á los hijos no se les enseña así! —repetía— ¡y si yo tuviese hijos alguna vez, les educaría de muy distinto modo!...

Jacinto CARMIN

...Y VAMOS TIRANDO

Se quejaba cierto día de no tener hijos Blas, y don Ramón, que lo oía, con intención respondía:

— Calla, que ya los tendrás.

J. RICO

El primer paso —Señora marquesa ¡por Dios! Desengañeme usted de una vez ó, de una vez, hágame feliz para siempre... Yo no puedo sufrir más este horrible tormento... ¡no puedo!

Y Ricardito, como aún le llamaban familiarmente sus mayores, balbuceó las últimas palabras con los ojos brillantes y el rostro pálido.

Ricardo tenía diez y ocho años. La marquesa cuarenta. Ricardo era alto, espigado, paliducho, de ojos soñadores y hundidos... Acababa de salir del colegio después de diez años de clausura y su natu-

—La madre de Ricardo contestó por él, mientras el joven con la mirada baja se estremecía al contacto de las plumas del abanico y se ruborizaba al verse objeto de tales caricias.

Aquella noche, la noble jamona obligó á Ricardo á bailar con ella y, poco á poco, en soirées sucesivas, fué despavilando al pobre chico como ella le llamaba cariñosamente... Pero le despaviló para ella sola, á juzgar por la conducta del joven, quien no sabía despegarse de las faidas de la marquesa y solo se hallaba bien á su lado.

La buena señora, á fuer de viuda y cuarentona, sobradamente comprendía lo que le pasaba á Ricardo; pero complacía en alentarle y divertirse con aquel juego parecido al del gato con el ratón.

Por fin... —«Señora marquesa ¡por Dios!» Una declaración en toda regla... Esto era lo que esperaba la hermosa viuda. Al escuchar las palabras de Ricardo, parecerá lo natural que la marquesa se echase á reír, dando por terminado aquel grato jugueteo; pero no fué así.

De sus labios gruesos, duros y rojos, no brotó retonzona risa. Apoyó una mano temblorosa en la cabeza de Ricardo y con una ténue y dulce sonrisa en los labios, le contempló algunos momentos con los ojos lánguidamente entornados.

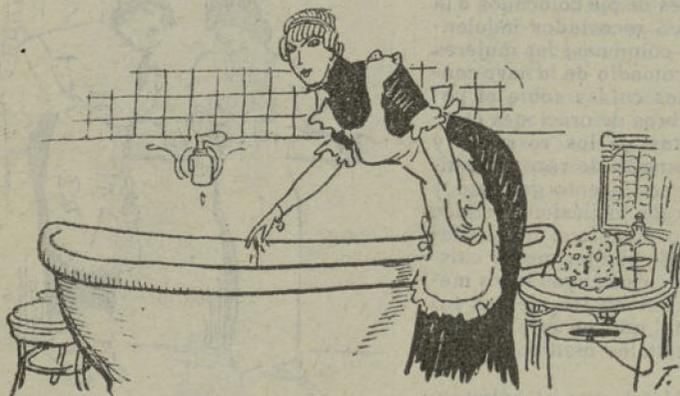
—¡Por Dios! —suplicó de nuevo Ricardo con voz baja...

Y la marquesa, exhalando un suspiro, le acarició el rostro largo rato, murmurando con ternura como una salmodia:

—«¡Loco!... ¡Loco! ¡Locuelo!»

Por fin, el color acudió súbitamente á su rostro á la vez que salía de aquella inmovilidad, de aquella somnolencia en que se hallaba sumida... Incorporóse en su asiento, sonrió francamente y, con cariñosa entonación de reproche, exclamó:

—Pero ¡qué locura!... ¡Pobre Ricardito!



—Es una broma esto del baño del señorito. Todas las mañanas me tengo que pasar media hora templándosela á su gusto.

raleza replegada en sí misma, mostrábase triste en aquel cuerpo égil, pero enjuto y en aquella mirada brillante, pero baja, sin resolución, sin fuerza para resistir la mirada ardiente de una mujer hermosa que nos contempla sonriendo... Ricardo era, pues, el niño hombre que se lanza al mundo con un fin de preguntas escabrosas en el cerebro y otro sin fin de creencias erróneas.

Cuando dos meses antes de la anterior declaración, la madre de Ricardo presentó éste á la marquesa, la hermosa jamona, porque era hermosa en verdad, sonrióle cariñosamente y dándole con el abanico de plumas en la cara, como hubiese podido hacer con un chiquillo, exclamó:

—¡Muy guapo pollol... ¿Conque abandonó el colegio por falta de salud?

¿Es posible que un niño como tú se haya fijado en mí... Casi estoy por reírme; pero no me río, no... Sería ofender tu buena fe... tu sincera y agradable locura... ¿Pero no ves que pudiera ser tu madre? Ven... siéntate aquí... en mis rodillas. ¡Locol ¡Locuelo!

Y seguía acariciándole con ternura infinita, con reminiscencias del anterior éxtasis.

—Yo te puedo acariciar... Eres un niño... un niño casi .. ¡Nene mío!... ¡Locol ¡Locuelo! ¡Si se puede decir que te vi nacer!... Pero no me enojo, no... Si lo comprendo... me lo explico todo... ¡Loquillo! ¡Joquillo! ¡Nene! ¡nene!

De súbito, Ricardo, rechazó las caricias; desprendióse de aquellos brazos temblorosos, se irguió con altivez y en sus pupilas brilló la comprensión. Un «¡ah!» semejante al que profiere quien tropieza con la causa de un efecto que no se explica, brotó de sus labios, y levantando el brazo, sacudió terrible bofetón sobre el rostro de la marquesa.

Luego, se alejó de ella, mirándola despreciativamente y sonriendo, al fin, con la malicia de un verdadero hombre... de un hombre que va comprendiendo algo de las hembras.

Juanito CACHONDO

El indulto Allá va un sabroso eco de ese gran mundo que suele aburrirse horriblemente, por lo mismo que tiene todas sus necesidades cubiertas y bien satisfechos todos sus caprichos.

Matilde (joven y viuda) acababa de llegar á casa de su íntima amiga Adelina (casada). Era de noche; Adelina parecía inquieta, triste, y cuando hablaba lo hacía distraídamente, como quien oye resonar dentro de sí la voz implacable de una gran preocupación. Matilde preguntó:

—¿Qué tienes? Tu frente arde, tus manos están frías; tú sufres...

—Sí, sufro, es verdad; me conoces bien; sufro horriblemente.

—¿Por qué?...

Iba á continuar, pero se contuvo y añadió, interpellando delicadamente entre sus dos preguntas la transición de una sonrisa:

—¿Por quién?
—Eres diabólica.
—¿Acertó?
—Sí, es cierto; me hallo en la cima de una tragedia de amor.
Callaron sorprendidas por el timbre del teléfono.

—¿Quién l'amará?

Las dos mujeres se acercaron al aparato; cada una cogió un auricular; Matilde se había puesto horriblemente pálida.

—Contesta tú —dijo Adelina—, no quie-



La de la izquierda.—¡Qué barbaridad, si parece una ama de cría, en pequeño!

ro que nadie sepa que estoy en casa. Matilde preguntó balbuciente, casi exánime.

—¿Quién llama?

La voz del marido de Adelina, repuso:

—¿Eres tú, preciosa?

—Sí.

—¡Por fin, podemos charlar un rato! Pero antes de empezar, toma muchos besos...

Adelina no disuadía los ojos de su amiga, pero en su mirada había más sorpresa que cólera. El esposo continuó:

—¿Y mi mujer?

Adelina murmuró cogiendo á la traidora por un brazo:

—Dí que he salido.

Matilde no podía hablar; sus piernas temblaban. El teléfono repitió la pregun-

ta. Obligada por la esposa, Matilde re-
puso:

—Adelina no está.

—¿Cuándo tú llegaste se había mar-
chado?

—Sí.

—¡Cuánto me alegro! ¡Qué peso se me
ha quitado de encima! Temía que, á últi-
ma hora, no hubiese querido salir de casa.
Oye... ¿cuándo nos vemos?

Adelina murmuró, sonriendo de un modo
extraño:

—Dile que mañana.

Desfallecida, pensando morir de angus-
tia, Matilde respiró:

—Mañana.

—¿A qué hora?

—Dile —añadió Adelina— que á las tres.

Matilde obedeció:

—A las tres.

—¿Donde siempre?

—Sí, donde siempre.

Un instante quedó interrumpida la co-
municación telefónica. Después la voz en-
amorado del adúltero volvió á oirse.

—Bueno, hasta mañana. ¡No faltes á la
cita! Toma, entre tanto, muchos azotes y
muchos besos. Adiós...

Matilde fué á sentarse sobre un diván y
rompió á llorar.

—Soy una infame, Adelina; una infame
que te engaña desde hace seis meses y que
no merece piedad. ¡Adelina, mi pobre Ade-
lina!... Tienes derecho para partirme de
una cuchillada el corazón.

Pero Adelina, lejos de prorrumper en
denuestos, corrió á arrodillarse á los pies
de su amiga, y sus largos ojos apasiona-

dos ardían con la luz de las felicidades in-
mensas.

—Yo te perdono —exclamó—, porque,
incoscientemente, acabas de hacerme un
gran bien. Soy libre, Matilde; y lo soy gra-
cias á ti.

—¿Cómo?

—Sí, porque desde este instante me con-
sidero dispensada de cumplir el juramento
de fidelidad que ofrecí á mi marido ante el
altar. Yo no quiero á mi esposo, sábelo de
una vez; yo quiero á otro hombre; le amo
ciegamente, locamente, con una pasión
salvaje que me quema las manos. Yo, sin
embargo, resistía, resistía... resuelta á mor-
rir en mi deber. Pero ya no me defiendo;
ahora me entrego. Ese hombre, que me
persigue implacable hace mucho tiempo,
me ha escrito hoy... diciéndome que me
aguarda mañana, á las tres de la tarde.

Matilde miraba á su amiga perpleja,
casi con terror, no sabiendo si reír ó si
llorar. Adelina la besaba con una alegría
que sólo comprenderán los que, tras una
larga condena, recobran inesperadamente
su libertad.

—Sí —repetía—; soy libre y lo soy gra-
cias á ti; desde hoy, las puertas de mi pri-
sión quedan de par en par abiertas. Tú me
has indultado.

Clemente de CASTRO

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciados en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Se publican por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno.

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene de-
recho á consultar gratis al autor, sin envío
de sello, cuantas dudas se le ocurran, es-
cribiéndole al Apartado de Correos Regulares de Madrid

Los pedidos, acompañados
de su importe, á EL LIBRO
POPULAR.—Madrid. = =